

## LA BATALLA POR ARGENTINA

Ricardo Caballero y Rudi Dornbusch  
Massachusetts Institute of Technology

Las negociaciones con el FMI ofrecen una oportunidad de crear una cabecera de playa para la estabilización, pero también el riesgo de que ambos lados se centren en sus preocupaciones políticas y no respondan a la crisis de la Argentina en toda su dimensión. Las cuestiones centrales están claras: ambas partes obviamente desean una recuperación de la Argentina. Pero dicho eso, el presidente Duhalde quiere el dinero que pueda aportar el FMI, mucho y rápido por favor, pero es renuente o no puede concretar reformas profundas; tiene que resistir a gobernadores que se enfrentan a los mismos problemas que él. Por el otro lado, el FMI tiene un gran dilema. No puede darse el lujo de ser intransigente hasta el punto de que caiga Duhalde. Pero, como ha aportado fondos para programas argentinos fracasados a lo largo de muchos años, no puede cerrar los ojos y poner el dinero sobre la mesa. Quizás termine exigiendo demandas máximas de un feroz recorte Hooveriano en medio de una depresión.

Si gana la estrategia máxima, la economía argentina volcará y se volverá ingobernable. Si gana la estrategia mínima, nada habrá cambiado excepto que desaparece un elemento esperanzador más. Pero este debate no toma en cuenta un elemento crítico. Los fondos del FMI y las reformas que deben acompañarlos no son un fin en sí mismos. Solo son la palanca para hacer volver el capital, argentino y extranjero. El rol clave en la reconstrucción de la Argentina lo tiene que cumplir el capital privado, no el FMI.

¿Entonces, cómo puede llevarse las negociaciones a una salida en la que todos ganan? Claramente deben lograr más que definir algunas metas presupuestarias de corto plazo. Deben incluir reformas comprehensivas con pasos específicos cuya implementación dé confianza y permita ver que no se trata de otro programa que pronto será dejado de lado por las prioridades que imponen las elecciones.

Hace unos días presentamos un plan para proveer el ingrediente preciso que se necesita para este acuerdo: un programa por el que la Argentina acepta e

incluso solicita una comisión de estabilización extranjera que conduzca el banco central y, a cambio del desembolso de un importante préstamo de estabilización, tome control de la implementación del presupuesto.

Desde su publicación, nuestra propuesta ha atraído mucha discusión y de ningún modo toda favorable. Pero es un dato importante que dos encuestas de opinión en la Argentina han revelado que cuenta con el apoyo de cerca del 50 por ciento de la población. Eso representa un apoyo sorprendente y munición política para un plan que crearía las bases para una fuerte recuperación de la credibilidad de la Argentina. Una mayor credibilidad trae como premio una menor necesidad de medidas heroicas en materia fiscal, cuestión que el presidente Duhalde no dejará de ver.

Volvamos al plan y las reacciones. Dijimos que esta crisis es peor y más peligrosa que cualquier cosa que la Argentina o cualquier otra economía emergente grande haya visto en las últimas décadas. Están siendo destruidos los cimientos mismos de una sociedad moderna. Lamentablemente muchos argentinos pudieron reconocer los síntomas que describimos. Los que no, se están convenciendo con el avance de los hechos.

Nuestra receta de que se renuncie a la soberanía financiera y económica de la Argentina por unos años no fue recibida con el mismo consenso. Los que objetan ven en ella un ataque contra el orgullo nacional. Esta percepción es equivocada; un país es mucho más que un conjunto de normas monetarias, financieras y fiscales. No se renuncia a la identidad y el orgullo nacional al aceptar que unos cuantos extranjeros controlen la implementación de un conjunto de normas cuidadosamente diseñadas para no interferir con la soberanía política, y aprobadas por el congreso argentino. Dejemos la retórica y el orgullo de lado. La situación es demasiado grave. Pedimos disculpas a quienes hayamos ofendido. Este es otro intento de abordar un problema y su solución que tomamos muy seriamente.

El problema de la Argentina va mucho más allá de una crisis de liquidez común. La solución no es una inyección temporaria de recursos por sí sola. Debe comenzar por una visión clara de cómo arreglar lo que viene después, el mediano y el largo plazo. Hay acuerdo significativo respecto de algunos de los ingredientes claves de la reforma estructural, y gran parte de estos se pueden

partir sin demora. Una campaña contra la corrupción sin piedad para jueces, parlamentarios, funcionarios públicos y otros. Una reforma de los sistemas impositivo y de coparticipación mucho más allá de la discusión pequeña de estos días. Protección de los derechos de propiedad y estabilización definitiva de las reglas de juego. Una reforma laboral mas de acuerdo a las características del ciclo económico argentino. Partan ahora, y elijan en el 2003 al candidato que haga de esta propuesta su bandera.

Aunque lo anterior es una condición necesaria para llegar a algún lado, no bastará para contener la caída libre de la Argentina. No hay esperanzas de tocar fondo o siquiera implementar muchas de las medidas urgentes necesarias para volver a poner en marcha el sistema financiero y de pagos hasta que se recupere la confianza. Deben volver los capitales privados para encontrar una salida a la crisis. En este momento el flujo va en sentido contrario. No hay fondos del FMI que puedan cubrir esta brecha. Por desgracia, para recuperar la confianza no bastará el mero anuncio de una estrategia de largo plazo sólida: tiene que ser *creíble*. Lograr esto último es difícil para cualquiera que tenga el record de la Argentina, y más aún para un gobierno de transición, por buenas intenciones que tenga.

El punto es tan simple, pero el debate se confunde con recetas de “caldo de pollo” que solo postergan la salida. El problema es terriblemente real – hay que enfrentarlo. Y para esto hay solo dos opciones:

Opción 1: *La variante ajuste-brutal (tradicional)*. No hay mejor manera de crear credibilidad respecto de la implementación de un plan de largo plazo que comenzar de inmediato, incluso pasarse de la marca en el corto plazo para dejar las cosas claras. En muchos casos esta es una estrategia adecuada, pero la Argentina ya está demasiado enferma como para tomar esta medicina. Es difícil creer que la Argentina puede reducir su déficit fiscal lo suficientemente rápido como para alcanzar la tan necesaria meta de la credibilidad sin provocar una explosión social. Toda promesa de tal ajuste simplemente no es creíble. Es aún más difícil creer que el banco central puede encontrar una política

monetaria lo suficientemente contractiva, que no sea eliminar el peso, que pueda convencer a alguien de que se ha encontrado un ancla nominal.

*Opción 2: La variante de la credibilidad importada – el puente.* Si el problema no es la falta de convicción de la necesidad de una estrategia viable de largo plazo sino de falta de confianza durante la transición, la manera más barata de conseguirla es alquilarla. Este principio es la base de nuestra propuesta. Si la Argentina quiere tener acceso a una política monetaria sólida, hay que traer a un banquero central internacional reconocido para que la conduzca con un juego de normas estrictas acordadas entre la Argentina y sus asesores. Si la Argentina quiere aumentar su credibilidad basado en una buena política fiscal, puede prometer un ajuste menos pesado que en la opción uno, pero con un supervisor internacional como testigo de las transacciones claves, que quizá incluso esté a cargo de librar los cheques más gordos y que la chequera sea de información pública junto con el acuerdo. Si Argentina quiere tener sistema financiero, necesita normas claras, permanentes y respetadas; fiscalizadas por un regulador internacional, quizá si alguien del Banco de Conciliaciones Internacional. En todas estas áreas deben cumplir un rol muy activo los expertos argentinos, quienes tienen que estar preparados para tomar la batuta una vez que, pasados algunos años, la intervención ya no sea necesaria.

Que no haya ilusiones, incluso la opción 2 tendrá costos y habrá tiempos difíciles. El que diga lo contrario habla con deshonestidad o está profundamente confundido. Tiene que haber algo positivo –el cumplimiento de un programa estricto- que los supervisores extranjeros puedan informar al resto del mundo y a los argentinos por igual. Tiene que haber algo de ajuste, simplemente menos brutal que el de la opción 1.

Usar la oportunidad de construir instituciones y emplear expertos externos respetados para sentar los cimientos y asegurar un éxito temprano y sostenido reduce los costos económicos y políticos de la reconstrucción y claramente mejora las posibilidades de alcanzar los objetivos. No es un sustituto para Duhalde y quien venga después. De hecho puede ser la única opción de Duhalde para mantenerse en el poder y para que la transición al próximo a

cargo del país se dé en un ambiente democrático y ordenado. Por supuesto que los políticos pueden llegar a despilfarrar los logros: aparentar que aceptan un programa serio buscando utilizar los recursos adicionales para su satisfacción. Pero eso será más difícil porque el público tendrá un modo más efectivo de controlar qué es lo que se hace con su vida económica. Esperemos que dada una opción permanente para salir de esta terrible crisis, los políticos finalmente se pongan a la altura de la ocasión. Si no, tendrán bien merecidos los “escraches”.